Sken&graphie

Coulisses des arts du spectacle et des scènes émergentes

4 | Automne 2016
Médée à l'opéra

Santa Cecilia [Santa Cécilia], 1993

Extrait

Abilio Estévez

Traducteur : Audrey Aubou et Laure Gauzé

Édition électronique

URL : <http://journals.openedition.org/skenographie/1310>

DOI : 10.4000/skenographie.1310

ISSN : 2553-1875

Éditeur

Presses universitaires de Franche-Comté

Édition imprimée

Date de publication : 31 décembre 2016

Pagination : 133-149

ISBN : 978-2-84867-584-8

ISSN : 1150-594X

Référence électronique

Abilio Estévez, « *Santa Cecilia [Santa Cécilia], 1993* », *Sken&graphie* [En ligne], 4 | Automne 2016, mis en ligne le 06 juillet 2017, consulté le 22 avril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/skenographie/1310> ; DOI : 10.4000/skenographie.1310

Ce document a été généré automatiquement le 22 avril 2019.

Presses universitaires de Franche-Comté

Santa Cecilia [Santa Cécilia], 1993

Extrait

Abilio Estévez

Traduction : Audrey Aubou et Laure Gauzé

NOTE DE L'ÉDITEUR

Note des traductrices

L'idée de donner corps, pour la première fois en France, au premier monologue de *Ceremonias para actores desesperados*, est née de la volonté de faire connaître le théâtre d'Abilio Estévez, dramaturge cubain surtout connu en France pour ses romans, et notamment sa trilogie romanesque composée de *Tuyo es el reino* (*Ce royaume t'appartient*, Grasset/Bourgois, 1999), *Los Palacios distantes* (*Palais lointains*, Grasset, 2004) et *El Navegante dormido* (*Le Navigateur endormi*, Grasset, 2010).

Dans le cadre d'une manifestation baptisée « Une journée avec Abilio Estévez » et organisée au sein de l'École Normale Supérieure de Paris le 18 mai 2012 en présence de l'auteur, le monologue de Cecilia, damnée du fond de la mer, condamnée à se remémorer sans répit la splendeur et les misères passées, fait renaître une Havane éternelle.

Plusieurs hasards heureux et de multiples bonnes volontés se sont conjugués pour créer, de l'avis de tous ceux qui ont pu assister à cette journée, un moment magique : aux communications portant sur l'œuvre aux multiples facettes d'Abilio Estévez ont succédé la représentation de Santa Cecilia, magistralement incarnée par l'actrice cubaine Linnett Hernández Valdés, dans une mise en scène intense et originale d'Iván Jiménez, et un concert de musique caribéenne porté par le duo de guitares de Valéry Scholastique et Frédéric Limoge. La direction de l'École, François Géral, Maître de conférences à l'ENS, Ariane Fasquelle des éditions Grasset, Alejandra Segrelles des éditions Tusquets et Iván Salinas, sont quelques-unes des personnes clefs qui ont fourni une aide précieuse sans laquelle l'organisatrice, Audrey Aubou, installée à New York, n'aurait pu mener à bien ce projet, monté de toute pièce entre New York, Paris et Barcelone.

Les traductrices ont été amenées à travailler ensemble pour la première fois dans le cadre de ce projet, afin de réaliser le sous-titrage du monologue, joué en version originale. Aux

délais serrés et à l'éloignement géographique se sont ajoutées les difficultés inhérentes à la langue riche et puissante d'Abilio Estévez ainsi qu'à la rythmique et à l'oralité propres à ce monologue qui rendent palpable l'atmosphère si vivante de La Havane.

C'est avec grand plaisir qu'elles voient aujourd'hui ce texte diffusé à nouveau en France en version bilingue.

Santa Cecilia, Linnett Hernández Valdés, dans *Santa Cecilia* de Abilio Estévez, mise en scène d'Iván Jiménez, Audrey Aubou et Laure Gauzé.

© Ana Gloria Salva.

Version espagnole (Cuba)

- 1 (*Transición.*) La Habana era luz, flan de calabaza, pregoneros, olor a bacalao, piña y una risa que no había modo de parar. ¡Reír! Aunque el sol te deshidrate, el mar se desborde y el ciclón levante el techo de la casa. ¡Reír! (*A un espectador :*) ¿Usted sabe lo que es reír? (*A otro :*) ¿Y usted? ¿Lo recuerda? Reír, ¿qué es? Alguno de ustedes, tenga el coraje de decirme qué es reír. (*Suspira.*) Problema de los muertos: ¡olvidamos! (*Transición.*) Cerca de mi casa hay siempre una mujer en un sillón. Negra, vieja. La saya es de retazos ; pañuelo blanco en la cabeza. Fuma tabaco. (*Como la Negra. Canta La Esperanza, de Pepe Sánchez.*) Quiero prevenirte : lo que hoy crees lleno de esplendor, está ya destruido. La piedra cae sobre la piedra sin que te des cuenta. El polvo regresa al polvo. Esta ciudad tuya, de columnas y encanto, está sepultada. Y hay muertes, epidemias de nostalgia, tristeza...Sí, la gente ríe pero en el fondo llora. Muchos huyen. Y hay quien muere tratando de huir. (*Como la Niña.*) ¿Oíste, mamá? ¿No hay modo, virgencita, de detener la catástrofe? Te pondré flores, agua, frutas. Encenderé una vela. (*Como la Anciana.*) Ya no estaba allí. La luz se apagó. En su lugar, un círculo de fuego. No crean que hice caso. Nunca me importaron los vaticinios. Fui tan descreída y frívola como La Habana. Indiferente, descarada, cínica y

alegre como La Habana. (*Se oye el aria «Celeste Aída» de Aída, en la voz de Enrico Caruso.*)
 ¿Malos augurios? ¡Voy al teatro! Al Payret o al Nacional. Cortinas, alfombras inmensas
 lámparas de lágrimas... En el escenario, aquel Radamés inolvidable. ¡La Habana de Caruso!
 ¡Cuántos jóvenes no darían mis cien años por haber oído cantar a Caruso! Caruso, estás
 cantando para mí. Lo sé. Me miras. Detenido casi en el proskenio, tiendes las manos hacia
 mí. ¡De estos oídos no se irá nunca tu voz! A veces me despiertas de tu letargo y
 permanezco encantada, escuchándote para siempre. Con un Radamés como tú, Caruso,
 vale la pena entrar al templo y morir. (*Pausa.*) Estoy delirando. Los muertos –y sobre todo
 los ahogados– padecemos de altas fiebres y delirios. El polvo se revuelve en el fondo del
 mar y provoca chispas de engaño. ¡Y este calor! (*Como la Niña.*) ¡Vamos de excursión! A
 casa de la tía Teresa. Salgamos en cuanto amanece. El viaje en tren desde la Estación de
 Carlos III hasta Marianao es una delicia. ¿Pasaremos por Puentes Grandes? Tía Teresa,
 ¿por qué todos dicen que eres una mujer célebre? Nadie como tú para hacer buñuelos de
 yuca. Me gusta esta casa grandísima de la Calzada Real. ¿Cómo logras que tu siesta sea la
 más respetada de La Habana? ¡La siesta! No sé por qué en tu casa cobra un silencio
 religioso. (*Como la Anciana.*) Cuando comienza a caer la tarde, nos sentamos en el portal,
 vestidos de punta en blanco. Tomamos limonada con hielo. Hay quien prefiere jugo de
 tamarindo. Abuelo fuma. Hace cuentos del exilio. Abuela mira viejos números de *La
 Habana Elegante*. Yo me echo en la Hamaca. Como los cubanos no aprendimos a levitar,
 inventamos la hamaca. Espacio en el aire, balanceo dulce y por supuesto inútil. El
 pensamiento se suspende. La hamaca una experiencia mística. Miras las copas de los
 árboles, los penachos de las palmas, escuchas el sinsonte... ¡Ay, el ocio! ¡Ocio! Única
 palabra que los cubanos no tenemos que buscar en el diccionario. (*Otro tono.*) La muerte
 provoca alucinaciones. ¡Y este calor! (*Se oye un danzón. Al público.*) ¿Oyen? Siempre lo oigo.
 Y es mentira, no es música. Aquí no hay nadie, ni orquesta, nada. ¿Para qué necesitamos
 música en el fondo del mar? No sé por qué. Ahí está. La música de cuando cumplí los
 quince años. (*Transformándose en la Muchacha de Quince Años. Baila al compás del danzón.*
Cambia el sombrero por una coronita de brillantes.) ¡Tráeme el espejo! (*Mirándose en él.*) ¿Estoy
 bien así? Debo estar bien. Es mi primer baile. Quiero que me admiren. ¿Llegaron los
 muchachos? Entonces es hora de salir. Deséame suerte, Pilar. Quiero que todos se
 enamoren de mí. (*Entrando al salón de baile.*) En efecto, Pilar, están a mis pies, rendidos. Los
 tengo encantados. Disputan por sacarme a bailar. Puedo hacer lo que quiera. (*Pausa breve.*)
 El único problema es que en la orquesta hay un mulato, flautista él. No tengo que
 describirlo, ¿verdad? Se dice mulato y ya. Lo miro. Toca la flauta y me mira con recato y al
 mismo tiempo con una desfachatez que me desnuda. En un momento me lanza un beso.
 Mulato al fin, se da cuenta de que resulta irresistible. Con una criada me envía una
 esquelita... Vive en una cuartería del Manglar. (*Pausa breve. Como la Anciana.*) Yo era una
 muchacha seria. Bien educada: mi profesor fue amigo de mi padre, hombre cultísimo
 llamado Don Ramón, al que le decían –no sé por qué– «mi tío el empleado». Yo era una
 muchacha temerosa de Dios. Por eso acudí a la cita. (*Transición. Como la Muchacha de Quince
 Años.*) Oye, mulato, podrías tener más mujeres que Yarini. Déjame tocarte el pecho que
 parece de bronce. Acariciarte el pelo crespo, mirarte los ojos negríssimos, poner mis labios
 en los tuyos gruesos. ¡Qué muslos, mulato, qué piernas poderosas! Abrázame. Hazme
 desaparecer en tus brazos larguíssimos, fuertes. Todo en ti es grande y fuerte. No eres un
 hombre sino Dios. ¿Oyes? Se oye tu flauta. Tu boca no se detiene, recorre mi cuerpo y me
 hago invisible como cuando la luz de La Habana inunda mi cuarto. Tu cuerpo huele como
 el mercado del Polvorín. Tu aliento, fresco, es la brisa que sube por el Prado cuando
 empieza a ponerse el sol. Tu voz, grave como las campanas del Espíritu Santo. Desnudo, tu

cuerpo sobre el mío, tu cuerpo de gigante entrando en mí, me doy cuenta, es cierto : La Habana nos pertenece. Sigue, mulato, tú anulas el tiempo. El tiempo se detiene. (*Pausa breve. Como la Anciana.*) La Habana era luz, flan de calabaza, pregoneros, olor a bacalao, rodajas de piña, risas y un mulato irresistible que abría tu cuerpo en dos. (*Suspira.*) ¡Ay!, cuando uno está muerto en el fondo del mar no debiera tener estos recuerdos. De pronto el polvo se estremece. ¡Qué poder, mulato, que haces del polvo, polvo enamorado! (*Otro tono.*) ¡Y este calor! Tengo ganas de dormir. Qué cansada estoy. Dormir. Para siempre. Un sueño sin imágenes. (*Al público:*) Yo no sé ustedes, amigos muertos que me acompañan, qué pensarán de los recuerdos que se hunden en el mar y se filtran por el mármol del sepulcro. Mi ceniza sigue estremeciéndose en el osario. (*Transición.*) Vamos. Acompañenme, en los terrenos de la antigua estación de Villanueva están construyendo el Capitolio. Dicen que será un edificio enorme, el más grande del mundo. Aquí siempre las cosas han sido las más grandes del mundo. Vamos a ver La Fuente de la India, a la Bella Habana, con su cara italiana y los delfines que lloran. Podemos llegar hasta mi casa de El Cerro, vecina de la de Arango y Parreño, con tantas frutas colgando de los árboles, y el aire perfumado. No se puede vivir con este perfume. ¿No lo sienten? De noche es imposible dormir. La cama me expulsa, el mosquitero de tul no puede retenerme. El galán de noche pone mi cuerpo a temblar. ¿Y qué si nos llegamos al Almendares? Aguas cristalinas, y sobre él, «un vuelo de zunzunes encendidos»¹. ¡Almendares, mi río! ¿Qué se hizo de ti? (*Otro tono.*) Uno no se baña dos veces en el mismo Almendares... ¡Y este calor! (*Suspira.*) ¡El tiempo! ¿Quién me da una definición del tiempo? (*A un espectador:*) Usted, señor, sería tan amable, ¿qué es el tiempo? Con sus palabras, no cite a Proust. No. Usted tiene cara de ignorancia. (*A otro:*) Usted menos, el tiempo para usted es el reloj que lleva en la muñeca. ¡Vamos, se le hace tarde! Ustedes van en un tranvía atestado, con cortinas negras en las ventanillas. Nadie mira la ciudad. (*Despectiva.*) Ustedes son muertos raros. Vivir, ir perdiendo cosas, como digo siempre. Hoy pierdes un vaso que se rompe, mañana un viejo libro, pasado un amigo que se va... Así hasta que pasas el umbral. ¡Y este calor! ¡El umbral! (*Transición.*) ¿No crees, mamá? Ahora que empujaste la puerta y te fuiste para siempre, más blanca que nunca, mamá, sobre la cama, rígida, con el crucifijo que te puse entre las manos, ese lugar común de la muerte. Tus ojos no están del todo cerrados, y por debajo de los párpados, el brillo que te dejó aquella bandera con la que tú creías que seríamos felices. Ojalá tu muerte sea de verdad, no como la nuestra. Pues mi madre muere y no me da por llorar. Mientras la velan, voy a los Aires Libres del Prado. ¡Oigan, ya empiezan a tocar las orquestas! (*Se oye algarabía y confusión de música popular. Santa Cecilia se rejuvenece, baila.*) ¿Qué iba a hacer yo velando un cadáver? En La Habana, más que en ningún otro lugar, un cadáver es una cosa sucia e inoportuna. (*Al público:*) ¿Nunca fueron a los Aires Libres del Prado? ¡Ustedes nacieron muertos! Lucas, jarras de cerveza, orquestas, mujeres con ajustados vestidos de lamé; los hombres más bellos del mundo, con trajes de dril, diciéndote piropos creacionistas. (*Como hombre.*) «Mujer, irías a ser muda que Dios te dio esos ojos».² (*Como mujer.*) Te hacen sentir de una belleza irresistible. Quiero que sepas, aquellos hombres de La Habana no nacieron para otra cosa que para enamorar. Con ojos, manos, bocas, con todos sus generosos atributos. Allá los franceses que inventaron métodos para pensar. Allá los alemanes que inventaron eso que dice «Todo lo racional es real y todo lo real es racional». Los habaneros de mi época inventaron una fórmula mejor y más duradera: «Todo lo real es gozable y todo lo gozable es real». ¡Las noches de La Habana! Cuerpos que se atraen en los bancos de los parques, contra los árboles, en los atrios de las iglesias. Fuimos más panteístas que Spinoza. Para cualquier habanero un cuerpo vivo era una imagen divina. Te arrodillas ante un hombre que se abre la

portañuela y estás elevando un himno de acción de gracias. ¿Qué iba a hacer yo frente a un cadáver aunque este fuera el de mi madre? (*Otro tono.*) ¡Me voy de casa! Sí, papá, me voy porque detesto tu represión, tu tiranía. (*Como él Padre.*) Hija, aprende a dominar tu cuerpo. Los principios, hija. Aprende a sufrir, a pasar hambre y sed : una idea vale más que todos los placeres. (*Como ella.*) No, papá, yo tengo un cuerpo y al cuerpo no le importan las ideas. ¡Vivir! ¿Oíste? Yo sólo quiero vivir. Aquí y ahora. No me interesa el futuro que nadie conoce. Yo nada más tengo el presente y mi cuerpo. ¡Y quiero vivir! ¡Por eso me voy! (*Pausa. Se oye un danzonete. Se transforma en la Puta.*) ¡No me llames Cecilia ! Ahora soy Santa Cecilia. Me dicen así por bella, por aristócrata y porque Manuel Corona se enamoró de mí. ¡Muchachitas, prepárense, es casi hora de abrir ! A mis clientes no les gusta esperar. ¡Santa Cecilia de la calle Galiano! ¿Oyeron? Nada de barrio de Colón ni Jesús María. Miren los muebles de rejilla, los medios puntos de colores, estos paisajes de Chartrand... Incienso, opio. La Cuba secreta. ¡El mejor gusto! Música de Aniceto Díaz, creador del danzonete. A veces él mismo viene con la orquesta. ¡Y mucha respetabilidad! Aquí no se acepta a cualquiera. Buenos clientes. Limpios, perfumados, entalcados como niños... Como soy Santa Cecilia, no me entrego a cualquiera. Me doy el gusto de elegir. Las manos, miro las manos. Después las bocas y los ojos. Lo demás me lo imagino. Venga usted, señor. O ni siquiera eso, un gesto de la mano. Sidra, champán. Me baño en vino del Rin. Una mesa de langostas enchiladas junto a la cama. Espejos en el techo, en las paredes, de modo que no somos dos sino muchos. Los que hablan de Síbaris no conocen esta Habana mía.

Version française (traduction d'Audrey Aubou et Laure Gauzé)

- 2 (*Transition.*) La Havane était lumière, flan à la citrouille, vendeurs ambulants, odeur de morue, ananas, et un rire impossible à arrêter. Rire ! Même si le soleil te déshydrate, même si la mer déborde, même si le cyclone soulève le toit de la maison. Rire ! (*À un spectateur :*) Vous savez ce que c'est, rire ? (*À un autre :*) Et vous ? Vous vous en souvenez ? Rire, qu'est-ce que c'est ? Que l'un d'entre vous ait le courage de me dire ce que c'est que de rire. (*Elle soupire.*) Voilà bien notre problème à nous autres morts : on oublie (*Transition.*) Près de chez moi, il y a toujours une femme assise dans un fauteuil. Noire, vieille. Jupe rapiécée ; foulard blanc autour de la tête. Elle fume du tabac. (*Comme la Noire. Elle chante La Esperanza de Pepe Sánchez.*) Je tiens à te prévenir : ce que tu crois aujourd'hui plein de splendeur est déjà détruit. La pierre croule sur la pierre sans que tu t'en aperçoives. La poussière retourne à la poussière. Ta ville de colonnes et de splendeur est ensevelie. Et il y a des morts, des épidémies de nostalgie, de la tristesse... Oui, les gens rient mais dans le fond, ils pleurent. Beaucoup fuient. Et certains meurent en essayant de fuir. (*Comme la Petite Fille.*) Tu entends, Maman ? Il n'y a pas un moyen, Sainte Vierge, d'arrêter la catastrophe ? Je t'offrirai des fleurs, de l'eau, des fruits. J'allumerai un cierge. (*Comme la Vieille.*) Elle n'était plus là. La lumière s'est éteinte. À sa place, un cercle de feu. N'allez pas croire que je me sois inquiétée. Je n'ai jamais fait attention aux prophéties. J'ai été aussi incrédule et frivole que La Havane. Indifférente, effrontée, cynique et joyeuse comme La Havane. (*On entend l'aria Céleste Aïda d'Aïda, chantée par Enrico Caruso.*) Mauvais présages ? Je vais au théâtre ! Au Payret ou au National. Rideaux, tapis, immenses lustres à pampilles... Sur scène, cet inoubliable Radamès. La Havane de Caruso ! Mes cent ans, bien des jeunes les échangeaient contre la possibilité d'entendre chanter Caruso. Caruso, tu

chantes pour moi. Je le sais. Tu me regardes. Debout sur le devant de la scène, tu tends les mains vers moi. De ces oreilles, jamais ta voix ne s'en ira ! Parfois, tu me réveilles de la léthargie dans laquelle tu m'as plongée et je demeure enchantée, t'écoutant pour toujours. Avec un Radamès comme toi, Caruso, cela vaut la peine d'entrer dans le temple et de mourir. *(Pause.)* Je délire. Les morts – et surtout nous les noyés –, nous souffrons de fortes fièvres et de délires. La poussière remue au fond de la mer et provoque des étincelles d'illusion. Et cette chaleur ! *(Comme la Petite Fille.)* Partons en excursion ! Chez tante Teresa. Allons-nous-en dès le lever du jour. Le voyage en train de la Gare Carlos III à Marianao est un délice. On passera par Puentes Grandes ? Tante Teresa, pourquoi tout le monde dit que tu es une femme célèbre ? Personne ne fait les beignets de manioc comme toi. J'aime cette immense maison de la Calzada Real. Comment fais-tu pour que ta sieste soit la plus respectée de La Havane ? La sieste ! Je ne sais pas pourquoi, dans ta maison, elle prend des airs de silence religieux. *(Comme la Vieille.)* Quand le soir commence à tomber, nous nous asseyons dans l'entrée, tirés à quatre épingles. Nous buvons de la limonade avec des glaçons. Certains préfèrent du jus de tamarin. Grand-père fume. Il raconte des histoires de l'exil. Grand-mère feuillette de vieux numéros de *La Havane Éléante*. Moi, je m'installe dans le hamac. Comme nous, les Cubains, n'avons pas appris à léviter, nous avons inventé le hamac. Espace dans l'air, balancement doux et bien sûr inutile. La pensée se suspend. Le hamac est une expérience mystique. Tu regardes la cime des arbres, les panaches des palmes, tu écoutes le moqueur... Ah, l'oisiveté ! Oisiveté ! Seul mot que nous les Cubains n'avons pas à chercher dans le dictionnaire. *(Autre ton.)* La mort provoque des hallucinations. Et cette chaleur ! *(On entend un danzón. Au public :) Vous entendez ?* Je l'entends tout le temps. Et ce n'est pas vrai, ce n'est pas de la musique. Il n'y a personne ici, pas d'orchestre, rien. Pourquoi aurions-nous besoin de musique au fond de la mer ? Je ne vois pas pourquoi. La voilà. La musique de la fête pour mes quinze ans. *(Se transformant en la Jeune Fille de quinze ans. Elle danse au rythme du danzón. Elle troque son chapeau pour un diadème en strass.)* Apporte-moi le miroir ! *(S'y regardant.)* Je suis belle comme ça ? C'est mon premier bal. Je veux qu'on m'admire. Les garçons sont arrivés ? Alors, c'est l'heure de partir. Souhaite-moi bonne chance, Pilar. Je veux qu'ils tombent tous amoureux de moi. *(Entrant dans la salle de bal.)* Oui, Pilar, ils sont à mes pieds, ils rampent. Je les ai charmés. Ils se disputent pour m'inviter à danser. Je peux faire ce que je veux. *(Pause brève.)* Le seul problème c'est que dans l'orchestre, il y a un mulâtre, un flûtiste. Pas la peine de le décrire, n'est-ce pas ? On dit mulâtre et ça suffit. Je le regarde. Il joue de la flûte et me regarde avec pudeur et en même temps avec un aplomb qui me déshabille. À un moment donné, il m'envoie un baiser. En bon mulâtre qu'il est, il se rend bien compte qu'il est irrésistible. Il me fait envoyer un billet par une servante... Il habite dans une chambrette qu'il loue à Manglar. *(Pause brève. Comme la Vieille.)* J'étais une jeune fille sérieuse. Bien éduquée : mon professeur avait été l'ami de mon père, un homme très cultivé du nom de Don Ramón, qu'on surnommait – je ne sais pas pourquoi – « mon oncle l'employé ». Jeune fille, je craignais Dieu. C'est pour cela que je suis allée au rendez-vous. *(Transition. Comme la Jeune Fille de Quinze Ans.)* Eh, mulâtre, tu pourrais avoir plus de femmes que Yarini. Laisse-moi toucher ton torse qui ressemble à du bronze. Caresser tes cheveux crépus, regarder tes yeux si noirs, poser mes lèvres sur tes lèvres épaisses. Quelles cuisses, mulâtre, quelles jambes puissantes ! Embrasse-moi. Fais-moi disparaître dans tes bras si longs et forts. Tout en toi est grand et fort. Tu n'es pas un homme mais un Dieu. Tu entends ? C'est ta flûte. Ta bouche ne s'arrête pas, elle parcourt mon corps et je deviens invisible comme lorsque la lumière de La Havane inonde ma chambre. Ton corps sent le marché du Polvorín. Ton haleine, fraîche, est la brise qui se lève sur le Prado

quand le soleil se couche. Ta voix, grave comme les cloches de l'Espíritu Santo. Ton corps nu sur le mien, ton corps de géant pénétrant en moi, je me rends compte, oui : La Havane nous appartient. Continue, mulâtre, tu abolis le temps. Le temps s'arrête. (*Pause brève. Comme la Vieille.*) La Havane était lumière, flan à la citrouille, vendeurs ambulants, odeur de morue, rondelles d'ananas, rires et un mulâtre irrésistible qui ouvrait ton corps en deux. (*Elle soupire.*) Ah ! Quand on est morte au fond de la mer, on ne devrait pas avoir de tels souvenirs. Tout à coup, la poussière frémit. Quel pouvoir, mulâtre, tu fais de la poussière de la poussière amoureuse ! (*Autre ton.*) Et cette chaleur ! J'ai envie de dormir. Comme je suis fatiguée. Dormir. Pour toujours. Un sommeil sans images. (*Au public :*) Je ne sais ce que vous, amis morts qui m'accompagnez, vous pensez des souvenirs qui s'enfoncent dans la mer et qui s'infiltrèrent dans le marbre du tombeau. Mes cendres continuent de frémir dans l'ossuaire. (*Transition.*) Allez, accompagnez-moi sur les terrains de l'ancienne gare de Villanueva où l'on construit le Capitole. On dit que ce sera un édifice énorme, le plus grand du monde. Ici, les choses ont toujours été les plus grandes du monde. Allons voir la fontaine de la India, la belle Habana, avec son visage italien et ses dauphins qui pleurent. Nous pouvons aller jusqu'à ma maison du Cerro, voisine de celle d'Arango y Parreño, avec ses arbres chargés de fruits et son air parfumé. On ne peut pas vivre avec un tel parfum. Vous ne le sentez pas ? La nuit, impossible de dormir. Le lit me repousse, la moustiquaire en tulle ne peut me retenir. Le jasmin de nuit fait trembler mon corps. Et si on allait au bord de l'Almendares ? Eaux cristallines et, au-dessus, « un vol d'oiseaux-mouches carmin ». Almendares, ma rivière ! Qu'es-tu devenu ? (*Autre ton.*) On ne se baigne pas deux fois dans le même Almendares... Et cette chaleur ! (*Elle soupire.*) Le temps ! Qui me donne une définition du temps ? (*À un spectateur :*) Vous, Monsieur, vous seriez bien aimable de me dire ce qu'est le temps ? Avec vos propres mots, ne citez pas Proust. Non. Vous avez une tête d'ignorant. (*À un autre :*) Vous moins, le temps, pour vous, c'est la montre que vous portez au poignet. Vite, vous allez être en retard ! Et vous tous êtes dans un tramway bondé, avec des rideaux noirs aux fenêtres. Personne ne regarde la ville. (*Méprisante.*) Vous êtes des morts bizarres. Vivre, c'est perdre des choses une à une, comme je dis toujours. Aujourd'hui tu perds un verre qui se casse, demain un vieux livre, après-demain un ami qui s'en va... Et ça, jusqu'à ce que tu franchisses le seuil. Et cette chaleur ! Le seuil ! (*Transition.*) Tu ne crois pas, Maman ? Maintenant que tu as poussé la porte et que tu es partie pour toujours, plus blanche que jamais, Maman, sur le lit, rigide, avec le crucifix que je t'ai mis entre les mains, ce lieu commun de la mort. Tes yeux ne sont pas tout à fait fermés, et sous tes paupières, l'éclat que t'a laissé ce drapeau grâce auquel tu pensais que nous serions heureux. Pourvu que ta mort soit réelle, pas comme la nôtre. (*Transition.*) Donc ma mère meurt et je n'arrive même pas à pleurer. Pendant qu'on la veille, je vais aux Aires Libres du Prado. Écoutez, les orchestres commencent à jouer ! (*On entend du vacarme et des sons mêlés de musique populaire. Santa Cecilia rajeunit, danse.*) Qu'est-ce que j'aurais bien pu faire à veiller un cadavre ! À La Havane, plus que nulle part ailleurs, un cadavre est quelque chose de sale et d'inopportun. (*Au public :*) Vous n'êtes jamais allés aux Aires Libres du Prado ? Vous êtes mort-nés ! Lumières, pichets de bière, orchestres, femmes en robes moulantes de lamé ; les hommes les plus beaux du monde, avec des costumes de coutil, te débitant des galanteries créationnistes. (*Comme un homme.*) « Femme, étais-tu destinée au mutisme pour que Dieu t'ait donné ces yeux ? » (*Comme une femme.*) Ils te donnent l'impression d'être une beauté irrésistible. Sache-le, ces hommes de La Havane ne sont sur Terre que pour conquérir des cœurs. Avec leurs yeux, leurs mains, leurs bouches, avec tous leurs généreux attributs. Les Français ont découvert des méthodes pour penser. Les Allemands ont découvert que : « Tout ce qui est rationnel est

réel et tout ce qui est réel est rationnel ». Mais les Havanais de mon époque, eux, ont découvert une formule plus exacte et plus durable : « Tout ce qui est réel donne du plaisir et tout ce qui donne du plaisir est réel ». Les nuits de La Havane ! Des corps qui s'attirent sur les bancs des parcs, contre les arbres, sous les portiques des églises. Nous avons été plus panthéistes que Spinoza. Pour tout Havanais, un corps vivant était une image divine. Tu t'agenouilles devant un homme qui ouvre sa braguette et tu élèves un hymne d'action de grâce. Qu'avais-je à faire devant un cadavre, même si c'était celui de ma mère ? (*Autre ton.*) Je quitte la maison ! Oui, Papa, je m'en vais parce que je déteste ta répression, ta tyrannie. (*Comme le Père.*) Ma fille, apprends à dominer ton corps. Les principes, ma fille. Apprends à souffrir, à endurer la faim et la soif : une idée vaut plus que tous les plaisirs. (*Comme elle.*) Non, Papa, j'ai un corps et le corps n'a que faire des idées. Vivre ! Tu entends ? Je veux seulement vivre. Ici et maintenant. Je me fiche du futur que personne ne connaît. Je n'ai rien d'autre que le présent et mon corps. Et je veux vivre ! C'est pour cela que je pars ! (*Pause. On entend un danzonete. Elle devient la Pute.*) Ne m'appelle pas Cecilia ! Maintenant je suis Santa Cecilia. On m'appelle comme cela parce que je suis belle, parce que je suis noble et parce que Manuel Corona est tombé amoureux de moi. Les filles, préparez-vous, c'est bientôt l'heure d'ouvrir ! Mes clients n'aiment pas attendre. Santa Cecilia de la rue Galiano ! Vous avez entendu ! On n'est pas au quartier Colón ni à Jesús María. Voyez ces meubles en vannerie, ces broderies de couleur, ces paysages de Chartrand... Encens, opium. La Cuba secrète. C'est du meilleur goût ! Musique d'Aniceto Díaz, créateur du danzonete. Il vient parfois lui-même avec son orchestre. Et c'est une maison très respectable. Ici, on n'accepte pas n'importe qui. De bons clients. Propres, parfumés, talqués comme des enfants... Comme je suis Santa Cecilia, je ne me donne pas à n'importe qui. Je m'accorde le privilège de choisir. Les mains, je regarde les mains. Ensuite la bouche et les yeux. Le reste, je l'imagine. Venez par-là, Monsieur. Ou même pas, juste un geste de la main. Cidre, champagne. Je me baigne dans du vin du Rhin. Une table avec des langoustes épicées près du lit. Miroirs au plafond, sur les murs, de sorte que nous ne sommes pas deux mais plusieurs. Ceux qui parlent de Sybaris ne connaissent pas ma Havane à moi.

NOTES

1. Dulce Maria LOYNAZ, « Al Almendares ». (*Nota del Autor.*)
2. Vicente HUIDOBRO, « Altazor ». *Canto II.* (*Nota del Autor.*)